

El papel de la locura en la crisis medioambiental moderna

LUIS TAMAYO

Dr. en Filosofía, Miembro de l'école lacanienne de psychanalyse y de la Martin Heidegger Gesellschaft. Actualmente es Director del Centro de Estudios Filosóficos del CIDHEM (Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos) y Coordinador del Grupo de investigación Ecosofía.

Resumen

Este artículo permite reflexionar de manera crítica acerca de diversos hechos políticos, económicos, sociales y comerciales que se anudan con la crisis medioambiental y los desastres “naturales”; estos hechos tienen una conexión directa con el ecocidio, es decir, la expresión actual de la guerra del hombre con la naturaleza, que es un conflicto trabado desde los orígenes del género humano que no podemos calificar sino como demente, pues toda la historia de la humanidad puede considerarse como la lucha a muerte del hombre contra su medio ambiente.

Introducción

El pico del petróleo global tiene la capacidad de sacudir -si no destruir- los fundamentos de la economía industrial global y la cultura. El calentamiento climático global tiene la capacidad de transformar la biosfera más radicalmente que la última era de hielo. Juntas, limitan nuestra capacidad para ofrecer opciones efectivas para responder a una o la otra. El inicio simultáneo del calentamiento global y el pico del suministro global de petróleo representa un reto sin precedentes para la civilización humana.

David Holmgreen (2006:1)¹

La crisis mexicana, y de la Ciudad de México en particular, ha estallado. En agosto del 2009 el Secretario de Hacienda de nuestro país no pudo sino reconocer que la crisis económica mexicana actual es profunda, no una simple mala racha como afirmaba antes. La grave disminución de las reservas petroleras mexicanas (la abrupta caída de la producción de Cantarell²) coloca al país en la situación de dejar de formar parte, en pocos años, de las naciones exportadoras del hidrocarburo para sumarse al de las importadoras, con el consecuente desequilibrio en la balanza de pagos y en la capacidad del gobierno para sufragar su gasto público. México petrolizó su economía y dicho recurso se acaba de manera acelerada.³

Y a esta crisis debe sumarse la ocasionada por el cambio climático global.

El tifón Morakot deja recientemente centenares de muertos y cientos de miles de damnificados en Taiwán. El mes de julio pasado fue el más seco en 68 años. Y este año apunta a ser el más caluroso de los que se tienen noticia. Y todos estos no son cambio cíclicos, derivan de un calentamiento global antropogénico. Fenómeno producido por una nueva forma de locura: la locura ecocida.

Efectos del calentamiento global

Según informan los estudiosos del clima mundial (IPCC 2001; PNUMA/SEMARNAT 2006; Oswald 2005), los gases de efecto invernadero (CO₂, CH₄, CFC, O₃, óxidos de nitrógeno, vapor de agua, etc.), producto no sólo del metabolismo de la vida sino, en gran medida, de nuestras industrias, automotores, ganado y plantas generadoras de electricidad conduce a un incremento y agravación de los fenómenos hidrometeorológicos (sequías, huracanes, inundaciones, incendios forestales, ondas de calor) los cuales se han convertido en una verdadera plaga en muchas regiones de la tierra y que, en el curso de los años, han generado una creciente cantidad de “refugiados ambientales”. Como bien sabemos, el calentamiento global convertirá, en las décadas venideras, a las regiones semiáridas de la tierra en áridas y a las áridas en superáridas (como el desierto del Sahara). Si recordamos que el norte de México, en gran medida, es semiárido o árido... ¿hacia dónde emigrarán, por ejemplo, los millones de mexicanos que ahí viven cuando sus suelos devengan improductivos?

El incremento de la temperatura a nivel global, al derretir polos y glaciares, no sólo aumenta el nivel de los mares, también afecta a los suelos y disminuye su fertilidad, lo cual conduce a la crisis alimentaria mundial actual.⁴ La deforestación que la humanidad realizó y aún realiza a lo largo y ancho de la tierra, destruye los suelos y, con ello su capacidad de captación de agua de lluvia, es decir, acaba con la fuente de donde se recargan las aguas subterráneas que nutren nuestros pozos (Mann, 2008:2ss).

Actualmente, hay que decirlo, es criminal sostener que “debemos aceptar todos los hijos que Dios nos dé”. Es criminal no percatarse del hecho simple de que si la humanidad crece sin freno los recursos naturales (la capacidad de la tierra para alimentar a especie tan fecunda) alcanzarán su límite tarde o temprano, y ello se traducirá en guerras y hambrunas. Los principios de “paternidad responsable” o, como decían hace décadas los *spots* gubernamentales: “pocos hijos para darles mucho”, están prácticamente olvidados. A nivel mundial son los más pobres los que más se reproducen y ello derivado, por un lado, de ideologías retrógradas que conducen a un elevado costo de los contraceptivos en las naciones pobres y, por el otro, de actitudes paternas irresponsables pues, en muchos casos, a esos padres ni siquiera se les ocurre pensar respecto a, una vez mayores, dónde van a vivir y qué van a comer esos “frutos de la pasión”.⁵

Las oscuras predicciones de Thomas Robert Malthus se hacen realidad en nuestros días.⁶ Es cierto que la “revolución verde”, esa que llenó de fertilizantes, herbicidas y pesticidas inorgánicos el planeta, permitió a buena parte de la población humana vencer la hambruna que se dibujaba en el panorama y hacer pensar que Malthus estaba equivocado, que era posible alimentar a una humanidad siempre creciente. Pero la “revolución verde” condujo, asimismo, a un enorme incremento de la humanidad (luego de varios siglos de estabilidad se multiplicó por trece respecto a los años en que vivió Malthus). En los últimos años, además, la revolución verde ha asomado su verdadero rostro: el uso irrefrenado de herbicidas y pesticidas envenena a los campesinos y esteriliza la tierra, generando una terrible dependencia a unos agroquímicos cada vez más onerosos e ineficaces. Tal y como indica Joel K. Bourne (2009:41) en su ensayo “El fin de la abundancia”:

[...] dado que la población aumenta vertiginosamente y alcanzará los 9,000 millones de personas hacia mediados del siglo [XXI], hace falta repetir el logro [de la revolución verde] y duplicar la producción actual de alimentos hacia el 2030. En otras palabras, necesitamos otra revolución verde. Y en la mitad del tiempo.

Son las grandes productoras de agroquímicos las que intentan, gracias a sus semillas transgénicas, que sigamos creyendo que son capaces de solucionar los problemas alimentarios y sanitarios que ellas mismos contribuyeron a generar. Desgraciadamente, muchos gobernantes de las naciones de la tierra, sólo preocupados por la cantidad de los alimentos y no por la calidad de los mismos, aún creen en ellas. Afortunadamente, la comunidad científica es cada vez más clara en su alerta respecto al daño producido por la agroquímica. Para producir una humanidad sana no se requieren transgénicos sino buena agricultura orgánica. Pero es menester también decrecer poblacionalmente. No es posible seguir creciendo sin control. Es mejor intentar abatir la sobrepoblación del planeta que sufrir una hambruna generalizada (y la guerra que produciría) derivada del agotamiento de los recursos naturales. Afortunadamente ahora sabemos que la sobrepoblación puede controlarse con métodos menos drásticos que los empleados en la China de Mao (donde por decreto se prohibió el crecimiento poblacional), que, tal y como lo han logrado muchas naciones europeas, es posible lograr que los jóvenes sitúen sus anhelos no en conformar familias sino en desarrollarse profesionalmente, reduciendo significativamente los años reproductivos de los mismos. Eso además produce, no sobra indicarlo, una población más culta y valiosa.

No sólo el calentamiento global es responsable de la aparición de enfermedades anteriormente desconocidas en las regiones frías del planeta (pues, como ha sido bien documentado, los mosquitos, vectores de malaria, dengue y muchas otras enfermedades, amplían su hábitat debido al incremento global de la temperatura, el gusano barrenador, asimismo, invade Norteamérica y destruye cientos de hectáreas de bosques), los

humanos inconscientemente agravamos el problema.

La expansión geográfica de la especie humana y, por ende, la cada vez mayor cercanía con múltiples especies animales, ha ocasionado la aparición de una importante variedad de enfermedades zoonóticas (Ébola, Virus del Nilo, Hendra, Gripe aviar, entre otras) (Quammen 2009:3ss).

La reciente aparición de la “Gripe porcina” o “Influenza mexicana” es un claro ejemplo de epidemia antropogénica pues, tal y como muchos especialistas han afirmado, este virus nuevo es un derivado de las prácticas agroindustriales modernas.

Ahora se sabe bien que la influenza AH1N1 (y su nueva cepa, la H3N2) está compuesta de elementos tanto de la gripe aviar, como de la porcina y la humana, es decir, que constituyen mutaciones nuevas derivadas del contacto estrecho del hombre con miembros enfermos de tales especies.

Como innumerables especialistas vienen denunciando desde hace varios años, estos nuevos virus mutantes (AH1N1, H5N1, H3N2) son un derivado directo de la manera como se realiza la agroindustria moderna, esa donde los animales son hacinados en jaulas estrechas (y donde el contagio de todo tipo de enfermedades es una realidad tan cotidiana que para evitar los decesos masivos los agroindustriales no tienen otra posibilidad que administrarles cantidades ingentes de antibióticos) y donde el “libre pastoreo” es simplemente un sueño.

En tales criaderos, donde se ha aplicado la tecnología de la revolución industrial (líneas de producción) a la cría de animales, de lo que se trata es de obtener la máxima cantidad de animales con la mínima inversión. El objetivo es claro: el provecho económico. En tales granjas los animales domésticos son tratados de manera tan brutal que sus vidas son simplemente deplorables. Las aves nacen hacinadas en jaulas, posteriormente separadas por sexo para encaminarlas sea a la producción de huevo o a la de carne. Luego son alimentadas con los productos más baratos posibles así como con hormonas (para acelerar su crecimiento y lograr lo más rápido posible el alcance de su edad “productiva”) y antibióticos (para evitar los temidos contagios que podrían dañar la “producción”) y de nuevo hacinadas en jaulas donde transcurre su miserable vida. Los machos, una vez alcanzado el peso y talla “ideales”, son enviados al matadero, las gallinas ponedoras, luego de una vida de explotación absoluta, al final de su existencia, son “sacrificadas” y convertidas en diversos productos de pollo para consumo humano o de otros animales.

El proceso industrial de la cría de cerdos, vacas y otras especies por la agroindustria no es demasiado diferente al anteriormente descrito; lo que es común en la cría de tales especies es el hacinamiento constante y la alimentación “enriquecida” con hormonas y antibióticos. A tales industrias, lo reitero, realmente no les interesa producir productos de calidad para

generar seres humanos sanos sino la máxima ganancia económica, les interesa la cantidad, no la calidad. Y eso no sólo es privativo de las granjas Carroll de la Smithfield y su contraparte mexicana, las cuales han sido designadas como las causantes de la recombinación del virus AH1N1, sino también de innumerables agroindustrias presentes en nuestro país y en muchos otros.

El nuevo virus que se presentó en México en abril del 2009 y ahora afecta a la humanidad toda es un derivado directo de la manera como se producen los alimentos en la agroindustria moderna. Y si este virus, afortunadamente, ahora se revela con poca carga letal, no tardará en aparecer otro que si la posea dado que las medidas que la mayoría de los gobiernos están implementando no atacan verdaderamente el problema.

El cambio climático también ha producido una desregulación de los ciclos naturales, vgr. varias especies de pájaros ya no salen de sus huevos en el momento preciso en el cual la comunidad de orugas es floreciente, con la consecuente disminución de los primeros y aumento de las segundas, todo lo cual no deja de afectar negativamente a nuestra agricultura, entre muchos otros efectos (pues la creciente población de orugas no consumida por las aves no puede sino alimentarse de las plantas que encuentre, incluidos nuestros cultivos). Los cambios derivados del Calentamiento global son de una velocidad tal que múltiples ecosistemas de la tierra se encuentran en situación de riesgo grave (Montaigne 2004:44).

Los venenos, bajo la forma de herbicidas, pesticidas y muchos otros productos químicos, que vertimos en la tierra se encuentran incluso en las regiones más apartadas del globo. Recientemente el cineasta Jan van den Berg (2007) informó que algunas de las comunidades del norte de Groenlandia se encuentran en proceso de evacuación debido a la enorme incidencia de enfermedades del sistema inmune en su seno. La razón de ello es que, al tratarse de comunidades tan apartadas, sus habitantes no pueden sino alimentarse de carne de foca, rica en grasas y calorías. Como las focas, en esa región del mundo, se encuentran casi en la cúspide de la cadena alimenticia y las toxinas tienden a acumularse en las grasas, todas las toxinas que van asimilando las especies que sucesivamente se alimentan en el mar se concentran en la carne y la grasa de la foca, convirtiéndola en un veneno para todo su ecosistema, incluidas las poblaciones humanas.

El envenenamiento de la tierra se ha presentado, asimismo, en la muerte de miles de millones de abejas en las naciones desarrolladas, con la consecuente disminución en la polinización de los cultivos.⁷ La razón de tal disminución no es, como un informe inicial sostuvo, la presencia de un virus ("la gripe española de las abejas") que mermó gravemente a la población (hubo productores europeos que perdieron el 90% de sus enjambres) sino la mezcla de pesticidas elaborados por las grandes transnacionales (Monsanto, Syngenta, Dupont, Bayer, ente otras) que cotidianamente los agricultores

emplean para atacar a las distintas plagas de sus cultivos.⁸ La empresa Monsanto, como nos relata Marie Monique Robin (2008:84ss), se hizo tristemente famosa cuando debió pagar una elevada multa decretada por las autoridades americanas y europeas a causa de la falsa propaganda que presentaba su “Roundup”, el herbicida más exitoso de todos los tiempos, al cual anunciaban como “100% biodegradable”, que “no dejaba residuos en el suelo” y “respetaba al medioambiente”. Afirmaciones que, con el paso de los años, se demostraron, todas y cada una de ellas, absolutamente falsas. Era esperable que los productos de una compañía que nació asociada a la guerra (fue una empresa subsidiaria de *Monsanto* la creadora del famoso “agente naranja”, el exfoliante que fue empleado en la guerra de Vietnam y que produjo cáncer y malformaciones genéticas no sólo a los vietnamitas sino también a los soldados americanos que lo manejaron) fuesen nocivos para la vida toda. Y, desgraciadamente, los efectos nocivos de tales herbicidas y pesticidas no se restringen a las naciones en guerra. Las comunidades humanas, sean los jornaleros que aplican tales productos (el famoso “fumigo”), sean todos los demás que consumimos los productos fumigados y luego cosechados por ellos, estamos expuestos, en mayor o menor grado, a los efectos cancerígenos y teratogénicos de tales compuestos.

En el 2007, el Dr. Alfonso Guadarrama (del CAPIFAC)⁹ informó del enorme porcentaje de bebés nacidos con malformaciones congénitas en el “Corredor hortiflorícola” del Estado de México (desde Tenancingo hasta Villa Guerrero). En esa región, un enorme 12 % de los nacidos vivos presentan sea hidrocefalia, espina bífida, anoftalmia y demás trastornos congénitos derivados del uso de los plaguicidas. Y la razón de ello es muy simple: dado que las flores son aquello de lo cual se nutren los insectos, son increíblemente atractivas para ellos y, para defenderlas, los agricultores emplean cantidades ingentes de pesticidas (en algunos lugares los arrojan ya no con aspersores sino a cubetadas). A esto hay que agregar que, como dichos cultivos se realizan en invernaderos, la absorción cutánea de los pesticidas por los campesinos se potencia de manera alarmante.

La capital de México resiente de manera particularmente grave el calentamiento global. El regente de la misma ha anunciado medidas para racionar el agua y conmina a la población al cuidado de tan minusvalorado pero indispensable recurso. El Distrito Federal no sólo sobreexplotó sus acuíferos (otrora muy abundantes, por cierto) sino que es incluso insuficiente el agua que “extrae” de otras cuencas. El trato que la Ciudad de México ha dado a su entorno ha sido simplemente deplorable.

Es por todo ello que el regente de la Ciudad de México, Marcelo Ebrard, exhortó a la población a que reduzca su consumo del vital líquido pues la grave ausencia de lluvias en el centro del país se traducirá en una falta de agua en el periodo de secas. Y ello no afectará sólo a las grandes urbes, como bien sabemos es la agricultura la que más demanda el vital líquido.

La falta de agua, en consecuencia y como ya dijimos, también afectará a la producción alimentaria.

Algunos sostienen que tal sequía es un fenómeno ocasional, derivado de un ciclo natural, pero no es así, es una consecuencia del calentamiento global. Y la sequía no es el único problema, también lo es el hundimiento de la ciudad de México y la contaminación del manto acuífero (acuitardo) de la misma. Hace casi veinte, en una conferencia, el Dr. Marcos Mazari (Ingeniero civil y físico experimental, con maestría en mecánica de suelos y estructuras por la UNAM y miembro de El Colegio Nacional desde 1982), trató del estado del suelo y su relación con los recursos hídricos de la Ciudad de México. En tal ocasión el Dr. Mazari explicó la pérdida de plasticidad del suelo de la Ciudad de México como una consecuencia de la sobreexplotación del acuífero de su cuenca (el 70% del agua que utiliza tal megalópolis se extrae de pozos excavados en el subsuelo de la misma ciudad y, con el objeto de evitar inundaciones, toda el agua que sale de drenajes o fluye por las atarjeas es desalojada a través del Drenaje profundo hacia el Estado de Hidalgo). Dicha sobreexplotación conduce al hundimiento paulatino y constante (cuyos efectos han sufrido diversas estructuras del centro de la ciudad) y a otro fenómeno aún más grave: la previsible contaminación del acuífero de la ciudad.

Al respecto, el Dr. Mazari señaló que de continuar la sobreexplotación del acuífero, el suelo de la Ciudad de México se secaría a tal grado que se fracturaría y, en consecuencia, provocaría la indeseable mezcla del Acuitardo (el nivel de agua pura de donde se surten los diversos pozos existentes en la ciudad) con el Manto freático (el agua sucia que se encuentra casi superficialmente en toda la zona); ello contaminaría el Acuitardo y, en consecuencia, el agua que saldría de los pozos ya no sería potable sino una mezcla sucia y contaminada, no apta para el consumo humano, que no serviría ni para beber, ni para bañarse, un agua que al lavar los alimentos los ensuciaría. Y esta catástrofe ya ha comenzado. Basta con observar el agua que sale del grifo en la delegación Iztapalapa. Es evidente que no es potable (inodora, incolora e insabora) sino que es “cafecita”. Lo increíble es que las autoridades de dicha delegación jafirman que es potable! ¿Cómo es posible que la humanidad generase una crisis medioambiental como la que actualmente asoma el terrible rostro? Para entenderlo es menester revisar la ontología de la destrucción del mundo y, posteriormente, las cualidades de la locura ecocida.

Ontología de la destrucción del mundo

Como antes señalamos, la catástrofe medioambiental que inicia no es exclusiva de la Ciudad de México, lo que priva en prácticamente todo el país, y buena parte del mundo, es el ecocidio, es decir, la expresión actual de la guerra del hombre contra la naturaleza, un conflicto trabado desde los

orígenes del género humano y que no podemos calificar sino como demente, pues toda la historia humana puede considerarse como la lucha a muerte del hombre contra su medio ambiente.

Lucha iniciada desde los albores de la humanidad y a partir de un acto aparentemente inocuo: cuando el hombre, para defenderse de la muerte, nombró a la naturaleza con un término diferente al suyo propio. Al hacerlo pudo iniciar el antagonismo hombre-naturaleza, clave del progreso y de la guerra contra la naturaleza. A partir de entonces, en primer lugar, el hombre abandonó el mundo de las cosas para vivir en un mundo de palabras (la ficción del lenguaje). En segundo lugar, gracias al empleo del fuego, inició su loca carrera contra la biósfera, arrojando cantidades cada vez más abundantes de gases carbónicos a la atmósfera.

Siglos después, la lucha contra la tierra se reforzó cuando la humanidad descubrió el poder energético del carbón mineral y el petróleo, lo cual le permitió realizar el movimiento exactamente contrario al que la naturaleza desarrolla desde hace milenios: mientras que Gea se ocupó de trasladar el carbono a lo más profundo de la tierra y el mar, el hombre lo extrajo de ahí para arrojarlo de nuevo a la atmósfera, incrementando el proceso de generación de los gases de efecto invernadero, causa principal del actual calentamiento global.

Los seres humanos no nos dimos cuenta de la gravedad de tales actos porque este neoteno¹⁰ que somos, ya no habita en el mundo cósmico sino en la ficción del lenguaje. Y, no sobra decirlo, las palabras no son las cosas.

La alienación en la ficción del lenguaje, en el mundo de las palabras, tiene efectos muy peculiares:

Como el hombre moderno vive en el mundo de las palabras considera correcto etiquetar a personas y cosas y, de tal manera, hablar “en general” (en términos de conceptos “universales”). Así encontramos incontables discursos acerca de la naturaleza de “los hombres” (como si todos fuésemos iguales), “las mujeres” (como si pudiesen generalizarse), “los humanos”

<i>Mundo de las cosas</i>	<i>Mundo de las palabras</i>
Singulares	Universales
Transitorias	Eternas
Menguantes	Uniformes

(como si no hubiese diferencias), etc. Pensar en tales términos nos permite evitar la angustia derivada de darnos cuenta de que las cosas son singulares y que “haber conocido una mujer no implica conocerlas a todas”. La generalización, a la vez que nos produce un falso conocimiento, nos hace perder la singularidad de la cosa... y ello como manera de autoprotección,

pues cuando irrumpe la diferencia al interior de lo “supuestamente conocido” lo que aparece es la angustia primigenia, la del bebé que no entiende lo que ocurre ni donde se encuentra y, por tanto, solo puede gritar para que su mamá acuda a salvarlo.

Cuando *la cosa* (eso que Heidegger y Lacan tematizaron como *das Ding*) asoma su terrible rostro aparecen, entre otras, dos actitudes: la angustia o el asombro. Y ello fundamentalmente ante las cosas denominadas “externas” (las comillas subrayan que son sólo momentáneamente externas) pues la irrupción de las “internas” (pasiones inconfesables, perversiones o enfermedades) sólo puede generar angustia.

Al mundo de las palabras ingresamos gracias a nuestra alienación en el mundo del lenguaje -esa que Lacan (1984:89) describe en su *Estadio del espejo* como la segunda alienación, consecutiva a la alienación en la imagen del espejo-, alienación que nos hace identificarnos con fonemas o rasgos de escritura. Nuestro nombre propio no es sino nuestro ticket de entrada al mundo del lenguaje. El hombre moderno es lenguaje y vive para él. Nuestros sueños y anhelos son lenguaje y también muchos de nuestros terrores y obsesiones... aunque no todos, algunos no son, como ya dijimos, sino insoportables irrupciones de “la cosa” (*das Ding*) en nuestro comfortable e ilusorio mundo de palabras.

Vivir en el mundo de las palabras nos hace creer en la existencia de la “vida eterna” pues mientras todas las cosas del mundo son transitorias (fallecen o se modifican) las palabras conservan por siempre su lozanía. Las palabras no mueren y como vivimos entre ellas, podemos extraer de nuestra mente la idea de la muerte... hasta que nos cae encima. Aunque, siendo precisos, debemos decir que, si bien las palabras no mueren si puede ocurrir que desaparezcan. Pero para que una palabra desaparezca es menester que también lo haga la totalidad de la comunidad de sus hablantes. Por tal razón, cuando una palabra desaparece no hay quien sufra su pérdida, pues no hay quien la recuerde.¹¹ Cuando una palabra desaparece, por hacerlo junto a su comunidad de hablantes, no hay a quién le “haga falta”. Pero, lo reitero, mientras la comunidad de hablantes existe sus palabras son, para ellos, eternas.

Vivir en el mundo de las palabras, asimismo, nos permite vivir en la ilusión de un universo estable y uniforme. Esto es así porque, a diferencia de las cosas (las cuales constantemente varían en su magnitud), las palabras no menguan. El vocablo “agua” es el mismo si tengo mil millones de metros cúbicos en mi pozo que si poseo tan sólo un litro. El vocablo “agua” no varía. Vivir en el mundo de las palabras nos impide prever el agotamiento de nuestros recursos y vivir en la ilusión de su infinitud... hasta que el destino nos alcance.

Muchas de nuestras conductas ecocidas provienen, en buena medida, de

vivir ciegos en el mundo de las palabras, de creernos independientes de nuestro ecosistema gracias al lenguaje.¹²

La locura ecocida

La nefanda tarea de destrucción del medio ambiente humana deriva directamente de nuestro habitar ciego en el mundo de las palabras, ese que posibilitó la guerra contra el entorno y la humana tendencia a arrojar gases carbónicos a la naturaleza. Vivir en el mundo de las palabras conduce a que el medio ambiente del neoteno humano sea uno depredado por su incapacidad para mirar la mengua de las cosas. En su esfuerzo por excluir a la cosa, el hombre también acalló lo que la cosa anticipaba, interrumpiendo así su capacidad de previsión, clave de su cuidado por las generaciones venideras. Todo ello ha producido la denominada “tiranía transgeneracional” que tanto se ha agravado en el último siglo y que no es sino el nombre actual de eso que en la Grecia antigua se consideraba el grado máximo de locura: el asesinato de la propia descendencia.¹³

Bastaron sólo una centena de años para producir una enorme masa de seres humanos estupidizada por los *mass media*, dependiente de tecnologías que no comprende y pobremente utiliza, incapaz de producir los alimentos que consume y que en México sólo podemos importar gracias a los menguantes recursos petroleros. Una masa que, como puede apreciarse, es increíblemente vulnerable a las catástrofes ambientales y económicas.

¿Está todo perdido? No necesariamente. Si logramos dar el golpe de timón que la situación requiere quizás podríamos minimizar el daño. Pero Lacan, sabiamente, nos ha hecho ser más bien pesimistas pues los depredadores ecocidas, esos locos que ejercen activamente la tiranía transgeneracional tan sólo manifiestan una verdad presente desde los orígenes de la humanidad: el anhelo de control y/o destrucción, continuo, y cada vez más perfecto, del hombre respecto a la naturaleza.

La locura ecocida es similar al alcoholismo, es egosintónica y thanática. En tanto egosintónica el que sufre la locura ecocida no se considera enfermo, los que sufren son los de su alrededor, su familia, los miembros de su comunidad y demás afectados por sus conductas ecocidas. En tanto thanática remite a uno de los deseos más profundos e inconfesables del hombre: su propio anhelo de autodestrucción. Esa locura, además, posee una tercera cualidad, la de derivar de la antigua reacción humana que condujo al hombre a escindir de la naturaleza.

La locura ecocida, finalmente, no sólo esconde un profundo deseo suicida sino que también pretende, mediante su supuesta escisión de la naturaleza, expulsar a la muerte del horizonte. Pero, como bien sabemos, al pretender extirpar a la muerte tan sólo la hace patente.

Curar tal locura ecocida implica, reiterémoslo, recuperar nuestra muerte al par que comprender la verdad presente en la misma, esa que -al par que nos desliga de Dioses y demás “tranquilizantes” y nos permite apreciar el carácter nefasto de los *mass media* que sólo entretienen-, nos obliga a mirar la crisis de nuestro mundo, abriendo, gracias a ello, el camino de la paz y el respeto de esa parte nuestra que constituye el entorno natural.

Recuperar nuestra muerte implica, asimismo, aceptar la tarea de decrecer.

El decrecimiento, nuestra única posibilidad.

Es habitual encontrar a nuestros economistas y gobernantes sosteniendo que un desarrollo económico siempre positivo para sus naciones es deseable y posible. Fue necesario que llegara el economista inglés Kenneth Boulding para que abriera nuestros ojos al decirnos que “cualquiera que crea que el crecimiento exponencial es posible para siempre en un mundo finito es, o un loco, o un economista”.¹⁴

El modelo desarrollista tan mentado, ese que considera posible el desarrollo -incluido el “sostenible”-¹⁵ infinito no es, desde el punto de vista de los ideólogos del decrecimiento,¹⁶ sino un error de concepción pues la noción de “desarrollo”, esa que la economía tomó de la biología implica, en su ámbito de origen, un proceso que inicia con el nacimiento, transcurre con la juventud, la madurez y la vejez y culmina con la muerte. En la biología, lo reitero, el “desarrollo” implica la decrepitud y la muerte del organismo, elemento que los estudiosos de la economía simplemente excluyeron del desarrollo de las sociedades. Es por tal razón que los economistas y la totalidad de los gobernantes que siguen sus preceptos, consideran sano, posible y deseable que una nación “crezca” a tasas sostenidas y siempre positivas, sin darse cuenta que el crecimiento de unas naciones descansa en la pobreza de las otras.¹⁷

Ahora podemos afirmar claramente: el desarrollo no es infinito. Pensar de esa manera es terriblemente peligroso pues nos hace creer que podemos seguir reproduciéndonos como conejos, que siempre habrá más para todos, que para siempre “Dios proveerá” y, tal y como las catástrofes ambiental y alimentaria actuales lo muestran, eso no es posible en un mundo finito, con recursos limitados y cada vez más escasos.

El “crecimiento”, como bien indica Dominique Belpomme (2007:211), es un “cáncer de la humanidad”.

Las tesis centrales de los postulantes del decrecimiento son claras: es necesario construir una nueva sociedad libre de consumismo y transporte ineficiente (los automóviles), una que piense globalmente pero actúe localmente, una que reduzca, reutilice y recicle sus residuos.

Cornelius Castoriadis (1996:68) sostuvo en su *La montée de l'insignifiance* que es menester construir nuevos valores para esa nueva sociedad, es decir, que

el objetivo en tal sociedad es que el altruismo prevalezca sobre el egoísmo, la cooperación sobre la competencia, la capacidad lúdica sobre la adicción al trabajo, lo local sobre lo global, la autonomía sobre la heteronomía, el gusto por la obra maestra sobre la producción en cadena y el gusto por lo gratuito (goce de vivir) sobre el gusto por lo raro (el oro, los diamantes).

André Gorz (1991:194), amplía dichas tesis al sostener que el decrecimiento implica consumir mejor (hacer más con menos), aumentar la durabilidad de los productos (y no piensa sólo en los aparatos electrónicos, puede apreciarse aquí una crítica a las semillas “terminator” esas diseñadas para sólo permitir una cosecha), eliminar el embalaje innecesario (las ultradepredadoras bolsas de plástico entre otros), sustituir el transporte automovilístico unipersonal por el colectivo, mejorar el aislamiento térmico de las viviendas y estimular el consumo de productos de la región.

Para Latouche (2007:55ss) la tarea es clara: el decrecimiento implica, necesariamente, implicarse políticamente, luchar contra la movilidad absurda de las mercancías (que, vgr., en Australia se consume agua americana y viceversa), contra la rentabilidad a corto plazo y en pro de la calidad y no de la cantidad. Es necesario, asimismo, enfrentarse a los *mass media* que clara y definitivamente “destruyen el lazo social”. Implicarse políticamente requiere estar dispuesto a aceptar la responsabilidad de encaminar el futuro de todos.

¿Seremos los humanos capaces de decrecer y de liberarnos de la locura ecocida, o tendremos que esperar a que sean las catástrofes “naturales”,[□] económicas y sociales los que nos obliguen a despertar del sueño del crecimiento infinito y desmesurado?

Bibliografía

Asociación ambientalista Guerreros verdes A.C. (2007), ¡Para los que tienen ojos! (Documental), México.

Belpomme, D. (2007), *Avant qu'il soit trop tard*, Fayard, Paris.

Berg, Jan van den (2007), *Silent snow*, Países bajos/Holanda (www.silentsnow.org).

Bourne, Joel K. (2009), “El fin de la abundancia”, *National Geographic*, Junio.

Buenfil Friedman, F. (2005), “Cuando se acabe el petróleo”, <http://www.rebellion.org/docs/22065.pdf>

Campbell, Colin J., Jean Laherrère (1988), “The end of cheap oil”, *Scientific American*, March.

Castoriadis, Cornelius (1996), *La montée de l'insignifiance*, Vol. IV, Seuil,

Paris.

Dufour D.-R. (1999), *Lettres sur la nature humaine à l'usage des survivants*, Calmann-Levi, Paris.

Gorz, A. (1991), *Capitalisme, socialismo, écologie*. Galilée, Paris.

Holmgreen, David (2006), "Integrating Climate Change and Peak Oil Scenarios", *Energy bulletin*, November.

Hornedo, Braulio (2008), *El mito el progreso*, Tesis de Doctorado en Filosofía, CIDHEM.

IPCC (2001), *Informe de evaluación*.

Lacan, J. (1966) *Ecrits*, Ed. du Seuil, París.

Latouche, S. (2004), *La mégamachine*, La découverte/MAUSS, Paris.

(2007) *Petit traité de la décroissance sereine*, Fayard, Paris.

Malthus, T.-R. (2000), *Ensayo sobre el principio de la población* (1798), FCE, México.

Mann, Ch. C. (2008), "El futuro está en el suelo, ¿podremos protegerlo?" *National Geographic*, Septiembre.

Montaigne, F. (2004), "Marcas ecológicas", *National Geographic*, Septiembre.

Olvera, Angeluz (2008), "¿Dónde están las lombrices?", *Hypatia*, Consejo de Ciencia y Tecnología el estado de Morelos, No. 28.

Oswald, U.; Hernández, M. de L. (2005), El valor del agua, El Colegio de Tlaxcala/CONACyT.

PNUMA/SEMARNAT (2006), *El cambio climático en América Latina y el Caribe*.

Prevot, Henri (2007), *Trop de pétrole*, Seuil, Paris.

Quammen, D. (2009), "Contacto letal", *National Geographic*, Junio.

Robin, Marie Monique (2008), *Le monde selon Monsanto*, La découverte/Arte, Paris.

Shields, D. (2008), "PEMEX en el contexto de su crisis de reservas y producción", *Foreign Affaires*, Vol. 7, Num. 3, ITAM.

Tamayo, L. (2001a), *Del síntoma al acto. Reflexiones sobre los fundamentos del psicoanálisis*, UAQ/CIDHEM, México.

Weber, B. (1996), "Global denken, local handeln. Klimaschutz Heidelberg" en H.-G. Brauch (Hrsg.) *Klimapolitik*, Springer, Berlin/Heidelberg

Notas:

¹ Todas las traducciones del inglés, francés o alemán son mías salvo cuando se indique lo contrario, L.T.

² Según informó el economista Mario di Constanzo (*La Jornada*, 30 de noviembre de 2008), la producción de Cantarell en el 2008 se redujo, respecto a lo extraído en el 2005, a la mitad (sólo 1,075 millones de barriles diarios mientras que en el 2005 alcanzó los 2,066 mbd). En enero de 2009, según informó PEMEX, la producción de Cantarell descendió hasta los 772 mbd. En junio del mismo 2009 la producción era sólo de 713 mbd (*El economista*, 16 de junio de 2009). Cfr. también Shields (2008:12), donde predice que para el 2013 la producción de Cantarell descenderá a menos de 0.6 mbd.

³ El 22 de marzo del 2008, el diario *Reforma* informó en su primera plana que, al ritmo de extracción actual, y según informes de PEMEX, México volverá a ser importador de petróleo en el 2017.

⁴ En nuestro país la importación de alimentos (fundamentalmente cereales), según informes del INEGI, se incrementó de enero a septiembre de 2008 en un 27.9%, obligando a México al pago de la enorme suma de 15 mil millones de dólares (*La Jornada*, primera plana, 30 de noviembre de 2008).

⁵ La naturaleza, sin embargo, se está defendiendo de tal irresponsabilidad humana: recientemente apareció un artículo que tiene a los parisinos con los pelos de punta: varios científicos han demostrado que la capacidad reproductiva de los jóvenes de tal ciudad ha disminuido en un 40% (baja movilidad y vigor de los espermatozoides) debido a la presencia masiva de *ftalatos* (sustancias que se encuentran en infinidad de productos, desde juguetes, cosméticos y pesticidas y que la legislación europea prohibió desde el 10 de abril de 2004 –veredicto 2004/248/CE- pero que sigue presente en varios pesticidas autorizados en México) en los productos que consumen. Nuestros pesticidas ya no sólo feminizan a los anfibios (como demostraron los científicos que lograron se prohibiese en el campo europeo la *atrazina* de Syngenta) sino ¡a los propios hombres! Y este fenómeno, estoy seguro, no sólo afecta a los habitantes de la Ciudad luz sino a una buena parte de los varones de la tierra.

⁶ En su *Ensayo sobre el principio de la población* escrito en 1798, T.-R. Malthus (2000:13) sostuvo: “La población humana aumenta a una tasa geométrica, duplicándose cada 25 años más o menos si no encuentra obstáculos, mientras que la producción agrícola lo hace a una tasa aritmética, con mucha mayor lentitud”.

⁷ Y las abejas no son las únicas afectadas por los pesticidas. En el artículo “¿Dónde están las lombrices?”, la Dra. Angeluz Olvera (2008), del Centro de Investigación en Biotecnología de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, da cuenta de un curioso fenómeno: la desaparición de las lombrices de los suelos cultivables morelenses. Este acontecimiento no carece de importancia en la medida en que, como bien sabemos, las lombrices de tierra son elementos fundamentales para la aireación y, por ende, la fertilidad de la tierra. La ausencia de lombrices constituye un importante factor de la degradación de nuestros suelos. La razón de la desaparición de nuestras lombrices, nos indica la Dra. Olvera, es el uso masivo de plaguicidas organofosforados, los más comúnmente utilizados por nuestros campesinos.

⁸ Al respecto es muy recomendable el estudio realizado por Fernando Bejarano, de la RAPAM (Red de Acción sobre Plaguicidas y alternativas en México) sobre los plaguicidas prohibidos en muchos países pero aceptados en México (<http://www.laneta.apc.org/emis/sustanci/plaguici/plagui.htm>).

⁹ Asociación ambientalista Guerreros verdes, 2007.

¹⁰ De esta manera denomina al hombre D.-R. Dufour (1999) debido a que, generalmente, el ser humano, como el ajolote del altiplano mexicano, nace, se reproduce y muere sin haber alcanzado nunca la madurez, lo cual lo conduce a requerir constantemente, y de manera cada vez más difundida, prótesis (desde la ropa y el calzado que sustituyen al pelaje, hasta los modernos vehículos □sustitutos de nuestros débiles miembros locomotores□ y la computadora, esa prótesis cerebral).

¹¹ Desde mi punto de vista no se refiere a otra cosa Epicuro cuando, reconociendo el carácter “verbal” de la muerte, sostiene: “La muerte, pues, el más horrendo de los males, en nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella; y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros. Así, la muerte no es contra los vivos ni contra los muertos, pues en aquellos todavía no está, y en éstos ya no está [...] Por lo cual el sabio no teme el no vivir, puesto que la vida no le es anexa, ni tampoco lo tiene por cosa mala” (Diógenes Laercio 1985:288).

¹² Escisión que Heidegger intentó reparar con su noción de “Ser-en-el-mundo”.

¹³ Tal y como está descrito en la mitografía referente a Dioniso, en la Grecia clásica el asesinato de la propia descendencia constituía el grado máximo de locura (*vide* Tamayo 2001,capítulo IV).

¹⁴ «Anyone who believes exponential growth can go on forever in a finite world is either a madman or an economist», Wikipedia, entrada: Kenneth E. Boulding, (Quotations).

¹⁵ “El desarrollo sostenible” [développement durable] invocado a manera de encantamiento en todos los programas políticos “tiene como función, precisa Hervé Kempf, mantener los beneficios y evitar el cambio de los hábitos apenas modificando el rumbo”, Latouche 2007:26.

¹⁶ Ivan Illich, Jacques Ellul, Serge Latouche, André Gorz, Dominique Belpomme, Paul Ariès, Cornelius Castoriadis y, en nuestro país, principalmente, Miguel Valencia Mulkay, David Birkin y Braulio Hornedo.

¹⁷ Latouche 2007:52, *vide* también: “Le défi de la décroissance pour le sud”, Latouche 2007:90-102 y Latouche 2004:50.

¹⁸ Pongo este término entre comillas pues, como ha podido apreciarse en los primeros capítulos, muchas de las catástrofes denominadas “naturales” no son sino la consecuencia de la sumatoria de pequeños actos humanos depredadores sostenidos por largos periodos de tiempo.